
Sobre ti montón de huesos,
ataúd sin vida,
tierra estéril
sin agua y sin amor,
descargan
sus envidias.

¡Sobre el muerto las coronas!
Sí, sobre el muerto,
que ahora vale;
para nosotros, vosotros y
ellos . . . pero y antes,
¿por qué no?

Sobre ti, las tinieblas egoístas
te protejan,
¡oh! envidiado hombre,
estás mejor abajo,
que en esta altura decadente.

¿Te das cuenta ahora
en qué miserable vida existías?

¡Sobre el muerto las coronas!
¡Claro!
¡Sobre el muerto!

TU SED . . .

Enrique Michel Santibáñez / Escuela de Arquitectura

Tierra sedienta cubierta de cenizas;
tierra que elevas tu sequía hasta el cielo
e inundas tu desierto en llanto quieto;
y cuando lloras
ahogada en tu sollozo llevas la lágrima,
de tu esperanza muerta
bajo el sol que calcina
y un calor que asesina y que te inunda.

Agua, que su vida no desploma en las raíces
y va cerrando con humedad distante
la garganta llagada de la tierra sedienta
que espera su llegada.

Tierra y hombre que mueren en sequía
entre gritos de sed que los desgarran.